

Quedan dos misteriosas figuraciones decorativas, acerca de cuya interpretación he cavilado algunas veces. Una de ellas es el ceñidor del muro, que, haciendo de imposta o línea divisoria entre el primero y el segundo cuerpo, consta de tres franjas de arquillos ciegos, cuyo origen está en el arte románico, serie rematada aquí por otra franja superior de almenas prismáticas. Evoca la arquitectura de muchos castillos castellanos. Puede ser, por tanto, una alusión al Reino donde está la raíz de la unidad territorial hispana, el cual abarca y ciñe en un haz todo lo que el Norte y Oriente y Occidente han aportado a la fecundidad de la Patria.

El otro misterio, planteado y no resuelto, es el de la flora alucinante que flota en torno al Crucificado de arriba. Unas veces parece de hongos, y otras de nenúfares en la superficie de un lago. Pero examinando mejor su figura, podríamos identificarlos con la flor del lirio, que fué utilizada como elemento decorativo por el pueblo egipcio, mediante una estilización muy diversa de la que ha adoptado el arte del blasón para esta misma corola entre los europeos.

Pero el demonio me tienta a hablar de mí una vez más, y a recordar aquel famoso artículo exegético de la Capilla de los Vélez, que yo escribí una vez. Cedo a la tentación, y digo que en él, sea cual sea la naturaleza de los ornamentos con que está salpicada la piedra en torno al Cristo excelso, tengo la obsesión de que es como un vaticinio o una visión prematura de lo que, andando los siglos, en el XVIII, con otra disposición, será el rococo. Las olas del mar son rococo puro. Dicen que este elemento ornamental es rocalla, rizadura monstruosa y absurda de la piedra; pero ¿por qué no ha de ser rizadura natural del haz del agua al conjuro del viento? Pues bien: sin querer yo contagiar de mi sugestión a los que me escuchan, declaro que a veces miro deformarse esas efflorescencias de la Capilla y trocarse en olas diminutas, trasunto de un mar por donde navegan los aventure-

